

REVISTA

DEL

Centro de Estudios Extremeños

TOMO VIII

MAYO-AGOSTO 1934

NÚM. 2

BADAJÓZ EN 1658

“O FORTE ESTÁ MUITO FORTE,,

Expuesto a un serio percance estuvo el duque de Osuna, que quiso, sin las debidas precauciones, sorprender uno de los convoyes que con dirección al ejército salían frecuentemente de la plaza de Elvas (1). Con mil quinientos caballos pasó los ríos Guadiana y Caya y llegó a las cercanías de aquella ciudad, ordenando desmontar a los soldados para que segasen los trigos y cebadas del enemigo, contra el parecer de algunos oficiales, que calificaron de temeraria tal decisión. Advertida por éste la maniobra, procuró contrarrestarla con la caballería el maestre de campo Andrés de Albuquerque, que al observar la persistencia de las tropas españolas en lu-

(1) Véase el número anterior de esta Revista.

gar a todas luces peligroso, y discurriendo que sólo con favorables ventajas podía significarse tan arrogante actitud, solicitó y obtuvo, aconsejado por el comisario Venichele, el auxilio de mil mosqueteros. Noticioso de este refuerzo, el duque de Osuna tuvo que reconocer el fracaso de su propósito y la gravedad de su situación.

Nuestras tropas iniciaron la retirada divididas en tres grupos a cargo de tres comisarios generales. Uno de estos grupos, por causa de los guías e inadvertencia de los cabos, se separó de los otros casi una legua, teniendo en medio a Cayuela, ribera de poca agua pero de malos pasos. Esta circunstancia fué aprovechada por el enemigo, que casi impunemente pudo alcanzarlo y atacarlo cuando intentaba vadear el Guadiana. El de Osuna, que iba en este grupo, intentó defenderse, pero las compañías de Luis de Meneses y Juan de Silva cargaron con tal brío y rapidez, que nuestros soldados, llenos de confusión y espanto, huyeron en distintas direcciones. Al vadear el río, atascó el caballo que montaba el duque, y este general, a nado, logró milagrosamente salvar el peligro de caer prisionero.

Dice el conde de Ericeira que en los primeros momentos cayeron tantos soldados y caballos en tan poco espacio de tierra, que los castellanos fueron más impenetrables vencidos que peleando. Al ganar la orilla opuesta encontraron los fugitivos parte de la infantería de Badajoz que había salido con el objeto de asegurarles el paso. Perdiéronse aquel día más de cien caballos, y fueron muchos los prisioneros y los muertos. Entre los últimos se encontraba D. Fernando Carvajal. Tan desgraciado accidente produjo un natural desaliento en las tropas españolas y dió ánimos a los portugueses para proseguir la lucha.

Había que levantar el abatido espíritu de nuestros soldados, y con el temor de que aquella noche el enemigo, alentado por los sucesos, intentase asaltar otra vez las medias lu-

nas y la estrada cubierta que defendían el fuerte de San Cristóbal, el duque de San Germán previno que estuviese montada toda la caballería a la cabeza del puente, y que de las medias lunas se atacasen los principales puntos de apoyo del ejército lusitano. Adelantada la noche, se cumplieron con gran precisión y prontitud estas órdenes. Después de heroica resistencia, los portugueses abandonaron una trinchera, que quedó completamente destruída. No se ejecutaron sin sangre estas operaciones, aunque fueron pocos los muertos. Fué herido de un mosquetazo en el brazo izquierdo D. Pedro de León, uno de los capitanes de vanguardia, que aquella noche había peleado con singular bizarría.

Persistían los portugueses en su tenaz empeño de apoderarse del fuerte, con resultado infeliz para ellos, y convencidos de la inutilidad de sus movimientos y de que se iniciaban en sus filas el cansancio y el pesimismo, decidieron los jefes emplear todas las tropas en un asalto general para resolver definitivamente el problema bélico planteado frente a la fortaleza de San Cristóbal. No fué poca la fortuna de los castellanos al recibir con oportunidad los tercios de la armada del marqués de Lanzarote y del irlandés Walter Dogan, que entraron en Badajoz el día 22 de junio. Tal vez a estos refuerzos debieron nuestros compatriotas la conservación del fuerte, porque permitieron el descanso a las tropas, fatigadísimas por la incesante labor a que durante mucho tiempo estuvieron sometidas.

En la noche de la víspera de San Juan, el comisario de la caballería portuguesa, Juan de Silva, ocupó con sus batallones la salida del puente de Palmas para impedir los socorros, y el maestro de campo Diego Gomes de Figueiredo quedó encargado de romper con su tercio la línea de comunicación que principiando en la margen del río, frente a la plaza, acababa en la puerta de San Cristóbal. Si se conseguía este encargo, Gomes de Figueiredo tenía que caminar a sorprender

el fuerte por los mismos pasos por donde acostumbraba a ser socorrido, y entonces era el momento para que el general de artillería Alfonso Hurtado, el maestro de campo barón de Alvito y el sargento mayor Manuel Lobato Pinto, con sus tercios respectivos, asaltasen la fortaleza. Los demás batallones estarían preparados para acudir a remediar cualquier accidente imprevisto.

Este plan, meditado por el alto mando portugués, fué ejecutado con exactitud por todos, excepto por Gomes de Figueiredo, quien después de romper la línea de comunicación que se le había confiado, no siguió el camino propuesto, siendo causa de que por esta parte pudieran moverse con desembarazo los sitiados, facilitándose así la defensa del fuerte. Alfonso Hurtado, el barón de Alvito, con varios oficiales y soldados, y el sargento mayor Lobato con el tercio que gobernaba, en cumplimiento de sus deberes, entraron en el foso, entablándose ruda pelea, en la que se empleó gran cantidad de fuegos artificiales. En aquella ocasión hallábanse en el fuerte el general Alonso de Moxica, el maestro de campo Simón de Castañiza y el ingeniero Ventura de Tarragona.

El impulso arrollador de los asaltantes produjo en los primeros momentos alguna confusión y perplejidad en los soldados de San Cristóbal, pero muy pronto se rehicieron éstos y lograron ahuyentarlos, dejando abandonadas en el foso todas las escalas y algunas banastas con granadas de mano. Los portugueses se retiraron a las medias lunas dispuestos a defenderse hasta el último extremo, y de allí fueron también expulsados, después de reñida lucha, por los tercios de la armada al mando del marqués de Lanzarote.

Con admirable tesón defendieron los lusitanos sus trincheras y aproches, resistiendo heroicamente las embestidas de las tropas españolas, que dirigidas en las acciones principales por el duque de Osuna, D. Gaspar de la Cueva, D. Francisco Paredes, D. Lorenzo Serrano, D. Vicente Dava-

los y el sargento mayor Segura, consiguieron sus objetivos a fuerza de valor y de trabajo. Los choques fueron sangrientos y muchísimas las bajas de los contendientes. El combate duró desde la una de la noche hasta la salida del sol. En estas acciones perdieron la vida el marqués de Lanzarote, el capitán Serrano y el sargento Davalos. Los prisioneros confirmaron el daño que nuestras tropas hicieron al enemigo, aunque ninguno refirió con detalles el número de muertos y heridos. Sólo dijeron que era gente de seis tercios la que vino a asaltar el fuerte. Durante aquellos días quedaron de guardia los tercios de la armada, y en uno de ellos realizaron una salida en que desalojaron a los portugueses de un reducto levantado en la cabeza de las trincheras. En Badajoz, a pesar de estos éxitos, había inquietudes, a juzgar por las siguientes líneas que copio de la relación española:

Sin embargo era general el temor conque todos estaban en la plaza a que no dió poca ocasion el aver todos los Generales sacado su ropa, de que infiriendo los vezinos su desconfiança, sacó cada uno lo que pudo, sin que huviessse en esto la prohibicion que era necessaria, antes se creyó que cada cabo ayudava a esto a sus conocidos y dependientes, de que resultó una indignacion y desmayo grande en los demas; y tambien el ver que los rebeldes tomavan tan despacio el ataque del fuerte, y que avian fortificado el vado del moxo, donde tenian un troço de su exercito: conque insinuando el atacar tambien por esta parte la plaza, tenia a todos suspensos, bien que en muchos dias no hizo novedad el enemigo del vado.

Avia ya ocho dias que los rebeldes avian ocupado y fortificado el vado del moxo, y aunque las lenguas decian que avia dos o tres mil hombres de guarni-

cion, no obraron cosa particular en todo este tiempo, ni por la parte del ataque adelantaron cosa alguna, solamente comenzaron a levantar una trinchera con sus reductos a tiro de arcabuz desde Santa Engracia al puente del Jevora, y tambien por estotra parte que mira al puente de Badajoz movieron alguna tierra y levantaron algunos fortines y reductos en aquella linea que sale de Santa Engracia al vado del moxo, sin hazer otra cosa, que no dio poco que discurrir, pareciendo a muchos que ya queria retirarse, y a otros que avia el general rebelde dado cuenta a la Duquesa, y que aguardava la resolución con esta quietud.

La noche del sabado 29 de Junio se hizo una salida a los ataques del fuerte, y con tal resolución que se les ocupó un reducto que tenian en ellos con su estacada y 300 hombres de guarnicion, de los quales perecieron mas de la mitad; desmantelose lo que se pudo y llegaron algunos soldados nuestros a la bateria.

Esta misma noche salió el Duque de Ossuna con toda la Cavalleria y hasta 500 infantes a arrimarse a la linea y fortines rebeldes, por si topava alguna tropa o comboy que viniese de Yelves al Campo, o del vado del moxo: tocase arma en todas partes y en el fortin del vado, y por no averse topado otra cosa se retiró la cavalleria antes del día por escusar el daño que podia recibir, en el puente, de la bateria que los rebeldes tienen en el assentada.

La noche del jueves 4 de Julio salieron todos los generales con la cavalleria y hasta 1000 infantes con xapas y palas a deshazer los reductos que avia en el parage referido, los quales topamos sin ninguna guarnicion por no estar acavados del todo: era cada

uno capaz de 200 hombres, de 50 passos de lado y estaban a tiro de arcabuz uno de otro: y a esta distancia ay otros en aquella linea desde el vado del moxo hasta Santa Engracia y los junta su linea: demolieronse los reductos y se quemó toda la faxima que habia, sinque saliesse nadie a estorbarlo, ni a tocar una arma: lo que tuvo tambien de extraño este caso fue el aver salido todos los xefes dejando la ciudad sola y poniendose a una desgracia, que al fin estaban los reductos casi media legua de la plaça y el enemigo sobre ella con un exercito numeroso.

Se conciben las preocupaciones de los pacenses por la falta de prudencia de los generales. Burlando la acción de las patrullas españolas que vigilaban los vados del Guadiana comprendidos entre Badajoz y Talavera, penetraron en este pueblo once batallones enemigos, y luego de llevar la confusión al atemorizado vecindario y escasa guarnición, recogieron muchas cabezas de ganado. Las tropas del duque de Osuna, noticiosas de este suceso, llegaron al vado de las carretas (1), y el general, con cuatro compañías, pasó el río para reconocer de más cerca las fuerzas rebeldes, que a la vista de nuestros soldados caminaban con la presa. Permanecer inactivo fué medida previsora, porque los portugueses habían encubierto en un monte vecino el grueso de la caba-

(1) Este vado está en el Guadiana, y por el mismo salva el río un camino que, viniendo de la parte en que está situada la estación del ferrocarril de Talavera la Real, va a la dehesa y cortijo del Bravero, y también a aquel pueblo y a Badajoz. El vado de las carretas, situado por bajo del camino ordinario de Talavera la Real a su estación del ferrocarril, es muy ancho, de escaso fondo y facilísimo de pasar a los carruajes y a las caballerías.

(Noticia facilitada por el insigne pintor Adelardo Covarsi.)

llería e infantería, en tan grande número, que de haber querido hubieran ocupado el lugar de Talavera. Cayóse entonces en la cuenta de guarnecer en debidas condiciones este pueblo, que por su situación especial era como la garganta de Badajoz, por donde éste recibía toda clase de auxilios.

* * *

El comisario general Filomarino y la gente que mandaba fijaron su residencia en Talavera. De este modo se procuró prevenir cualquier asalto repentino, guardar en buenas condiciones los convoyes y asegurar el paso de Badajoz, pues no era creíble que los rebeldes resolviesen meterse entre las dos plazas, que distan entre sí unos quince kilómetros. A pesar de estas precauciones, parte del ejército portugués, en plan de observación, llegó hasta Montijo, y la otra parte marchó por el vado de hoces hacia Talavera, y aunque nuestras tropas eran superiores en número, sólo lograron que el enemigo repasara el vado, sin sufrir ningún daño, porque no fué cargado con la necesaria resolución. Reunidos los batallones portugueses, se internaron por el monte de Bótoa con dirección a su campamento. Tocóse arma en Badajoz por el aviso del comisario general, y el duque de Osuna, con toda la caballería y quinientos infantes, llegó al vado de las carretas, y ya se disponía a esguazarlo cuando descubrió una columna enemiga que se retiraba por la vera del monte, a distancia de dos tiros de mosquete de nuestra vanguardia.

Pensó el duque que se atacase la columna, pero los oficiales le advirtieron las dificultades que habían de ofrecerles la distancia y una charca de mal paso, que situaban en posición favorable al enemigo, hasta el punto que éste podía retirarse libremente si abrigaba algunos temores, o hacer frente si contaba con oportunos refuerzos, cosa presumible a juzgar por la polvareda grande que se descubría dentro del monte.

Mientras se meditaba este problema, nuestras tropas observaron otro batallón rebelde caminando por los mismos pasos del primero, y que al no venir oculto como los demás en la espesura del campo, demostraba claramente su propósito de aprovecharse de las circunstancias para incitarnos a un combate en el que llevábamos todas las probabilidades de perder. Además, el duque de Osuna tuvo noticias de la movilización de las tropas enemigas acampadas en el vado del moxo, con objeto de acudir, en caso necesario, al socorro de estos batallones. Ordenó, por lo tanto, que nuestras fuerzas se retiraran a Badajoz, sin haber podido traslucir las intenciones de los portugueses.

En la primera decena del mes de Julio de 1658, y en cumplimiento de órdenes de Mendes de Vasconcellos, los lusitanos desampararon los ataques del fuerte de San Cristóbal, retirándose a la batería, cuyas troneras fueron cerradas después de quitar todos los pertrechos de artillería. Observado por los nuestros este movimiento, iniciaron una salida para demoler las trincheras desamparadas. Causó mucha sorpresa la actitud de Vasconcellos, discurriendo unos que el enemigo se retiraba, y otros que lo que quería era pasar con todas sus fuerzas a la orilla izquierda del río Guadiana. Estuvieron más acertados los últimos, pues a los pocos días unos y otros pudieron convencerse de que se intentaba cercar por completo la plaza de Badajoz, obedeciendo probablemente a este intento las maniobras realizadas en las cercanías de Talavera y Montijo, quizás para comprobar el número y calidad de nuestras tropas.

En la ciudad había mucha efervescencia y con creciente entusiasmo se trabajaba por militares y paisanos para ponerla en condiciones de defensa. En el libro de actas del Ayuntamiento correspondiente al citado año consta que se dieron disposiciones para almacenar trigo, para reparar las murallas y para tirar unas casas arrimadas al castillo, «porque era ne-

cesario para la conservación del mismo». Lo que no evitaron o no pudieron evitar los nuestros fué el enorme daño que el enemigo nos causó en las viñas y olivares.

La noticia de los descalabros sufridos por el ejército portugués en los ataques al fuerte, y principalmente el abandono de una empresa empezada con tantas esperanzas de éxito, llevó al país vecino intranquilidades y alarmas, contrarrestadas en parte por el anuncio del sitio en el que esperaba que sus soldados se cubriesen de gloria. Estos sucesos impresionaron el espíritu varonil de la reina portuguesa, que, en sus afanes de independencia, alentaba a los generales y tomaba parte activa en sus deliberaciones. La soberana tuvo mucho interés en la conquista del fuerte, y esto tal vez justifique las palabras que el pueblo pone en boca de Mendes de Vasconcellos al responder a un aviso apremiante de aquélla (1):

O forte está muito forte
a estacada muito mais
as balas não tenem conto
Senhora, não posso mais!...

JESÚS RINCÓN.

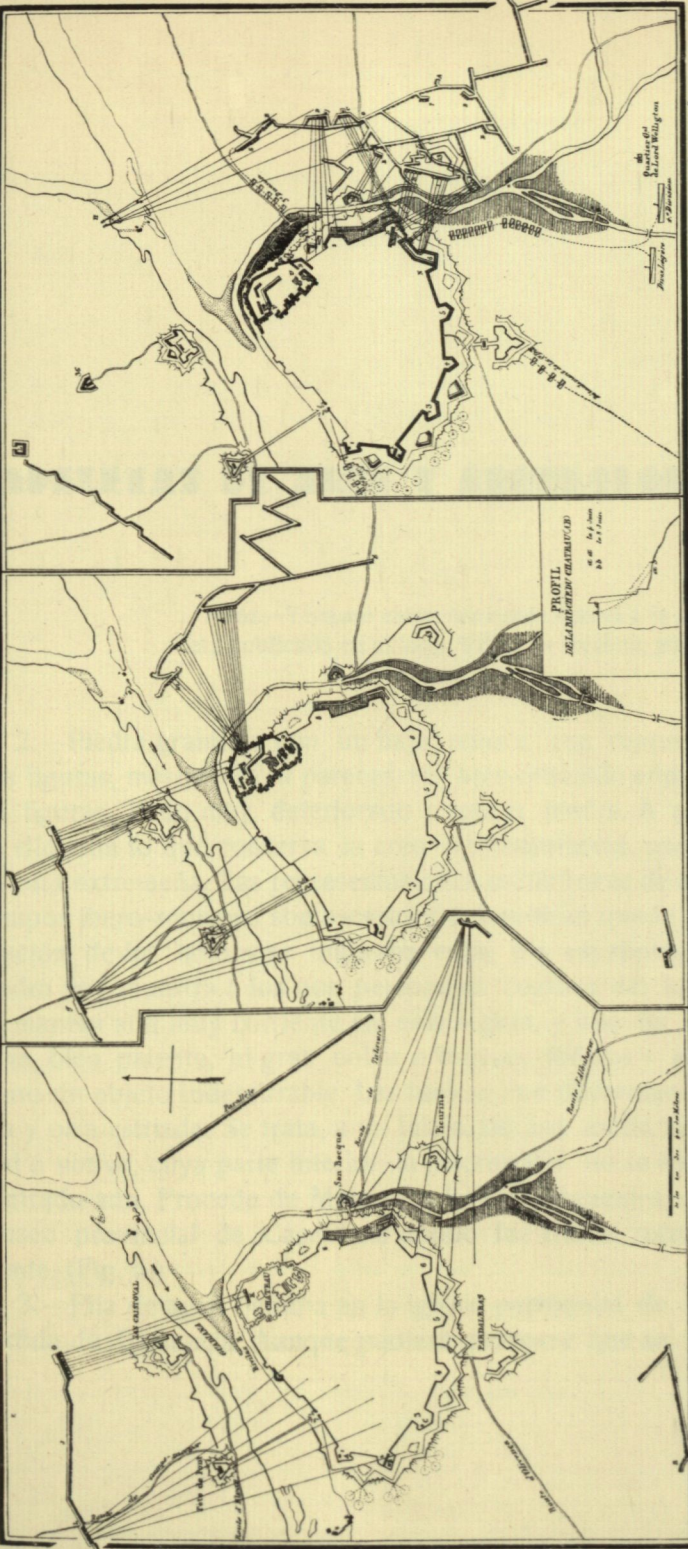
(1) Tráelo D. Diego Suárez de Figueroa en su *Historia de la Ciudad de Badajoz*, 1916, pág. 29.

Vide: Rodríguez Moñino. *Dictados Tópicos de Extremadura*. Pág. 185.

PREMIERE DEFENSE DE BADAJOZ EN 1811.

SECONDE DEFENSE DE BADAJOZ EN 1811.

TROISIEME DEFENSE DE BADAJOZ EN 1812.



Reproducción del plano de las defensas del sitio de Badajoz por los franceses en 1811.

(Esperanza Segura lo dibujó)